

paro de mi padre y de mis hermanos. ¿Conoces ahora, joven fugitivo de la terrena vida, conoces ahora al hijo de Jacob y de Raquel? »

« Sí, exclamó Samed; tú eres el hijo de Jacob y de Raquel; tú eres el célebre José, cuya maravillosa historia me contó muchas veces y siempre con lágrimas de gozo mi tierno padre. Dígnate moderar tu brillo y entonces me atreveré á hablarte, me atreveré á decirte que para hallarme cerca de tí, de nuevo me someteria á las angustias que padecí en la lucha del amor á una vida apenas empezada contra la mano fria é inflexible que segó el capullo que acababa de abrirse. Terribles fueron mis dolores en aquel momento supremo, pues temí que para siempre me aniquilaba; y cuando me desperté del negro sueño de la destruccion tuvo mi angel custodio que repetirme muchas veces que en efecto vivia. El temor de la nada habia paralizado las facultades de mi alma. »

« Cuan digna es de envidia tu precoz felicidad, replicó José; tú casi no has conocido las penas de la vida y ya eres llamado á gozar de las delicias de los bienaventurados que se encuentran á mayor altura que yo en la escala de la celestial bienaventuranza. »

Deslumbrado por el vivo resplandor con que brilla José, suplicale de nuevo Samed que moderé

sus rayos, á lo cual respondió el hijo de Raquel sonriéndose bondadosamente :

« Tranquilízate : desembarazada el alma de su mortal corteza en breve se habitua á la magnificencia de los cielos. Pronto verás á Abrahan porque para tí sonó ya la hora de las sublimes lecciones. »

« Instrúyeme pues, responde Samed; bien puedes hacerlo ya que en la tierra conociste las sublimes sensaciones que reserva el Eterno para sus elegidos. ¿No fué una de ellas la que te impidió contenerte por mas tiempo ante tus hermanos asombrados cuando les dijiste : « Yo soy José; ¿vive mi padre todavía? Si vive, decidle cuales son mi gloria y mi poder en Egipto. Habla, ¿qué sentiste luego, cuando al estrechar en tus brazos al joven Benjamin te dijeron tus hermanos que vuestro padre lo sabia todo, no atreviéndose á creer tanta felicidad, hasta que al ver los carros de Faraon cargados con tus presentes, clamó : « Sí, vivo está mi hijo José, y yo iré á buscarlo porque quiero verle antes de morir!... ¿Y cuando las lágrimas de aquel amado padre se mezclaron con las tuyas, y cuando le oíste decir : Ahora yo puedo morirme puesto que le he visto; habla, ¿qué es lo que entonces sentiste? ¿Hay en los cielos mayor felicidad? »

Tendió José los brazos á Samed, á quien considera ya como su hermano viéndole tan inocente é



ingenuo como Benjamín. Abrazados permanecieron largo tiempo, hasta que tomando el hijo de Raquel la palabra de nuevo, dijo :

«No sigas preguntándome, joven Samed, lo que sentí en aquellos dichosos momentos de que acabas de hablarme. Refiriéndomelos has probado que sabes apreciarlo. ¿Qué digo? Me has dado fuerzas para agradecerseles al Eterno, con mas viva y pura expresión que jamás pudo hacerlo el pensamiento durante mi tránsito por la tierra. »

« Permítame, caro José, que una mi oración á las tuyas, y dignate decirme porqué te detienes cerca de esta tumba. »

Volviéndose al ángel le preguntó José, si sabía el niño la muerte de Jesús, y apresuróse Samed á contestar que no ignoraba la divina muerte.

« Entonces, dijo José, sabrás también que se nos ha mandado volver á bajar á nuestros sepulcros, á todos aquellos que en torno de su cruz hemos presenciado su agonía y recogido su último suspiro. »

« Lo ignoraba, respondió Samed, porque todavía no me es lícito fijar el pensamiento en el misterio de la redención. Mas tarde, acaso, podré rogarte que me instruyas en él. Ven, apartémonos de esta tumba. ¿Qué interés puede detenerte en ella? »

« Esta tumba, amado niño, es la mía; y Cristo ha dispuesto que cada uno de nosotros vuelva al lugar en que duermen sus cenizas. »

« Sabio José, y tú ángel de mi guarda, esplicadme la razón de ese precepto superior á mi inteligencia. »

Sonrióse el serafín y respondió José :

« Sin duda ha querido el Mesías obligarnos á meditar sobre la inmensidad de sus beneficios en medio de los dispersos restos de nuestros cuerpos mortales... ¡Su muerte en la cruz nos autoriza á esperar, que el día del juicio final saldremos todos del polvo para la vida eterna! »

« ¡Ah! dijo el niño : si mi padre trajera mis helados restos á donde están los tuyos, á tu lado me despertaría... Conduceme á tu sepulcro... En las orillas del río de Faraón perfumaron los Israelitas tu mortaja y embalsamaron tu cuerpo : su polvo no ha podido confundirse con el de la tierra, y tal vez encontraremos en él encerrado el germen de su futura resurrección. »

Diciendo así introdujéronse los tres bajo la bóveda sepulcral, y llegando al lugar mas tenebroso de ella se detuvo el ángel abismado en la esperanza de una felicidad prometida.

« ¡Divino serafín, dijo José, tu pensamiento celebra sin duda al Hombre-Dios, que pronto va á despertarse del sueño de la muerte! »

Miróle el ángel con inefable sonrisa y respondió :

« ¿Si pisando un prado rejuvenecido por la pri-



mavera, bajo tus plantas naciesen continuamente nuevas flores, y en tanto dormitase en el seno de aquel suelo encantado la flor que á todas prefieres: no esperarías con inquieto gozo el instante de verla aparecer sobre la tierra? »

« ¿Y cual es, preguntó José la flor que así esperas? »

« ¡Mira, ó tú que eres inmortal aunque todavía estás muerto, mira! »

Y pronunciando estas palabras se elevó el angel hasta la clave de la bóveda del sepulcro; en pos de él subió tambien y volvió á caer una ligera nube de polvo, mas algunos átomos de ella giran bajo las alas del serafin, suben, caen, vuelven á subir, toman sucesivamente distintos colores y brillan con sobrenatural resplandor.

« Aproxímate, bienaventurado José, prosiguió el angel; contempla ese polvo que fermenta para producir... ¿Veslo nacer, crecer, y brillar con los primeros rayos de la vida eterna? »

Llenó la tumba un soplo de la divinidad agitando la dorada cabellera de Samed, y envolviendo al hijo de Raquel; y el hijo de Raquel cediendo á un poder irresistible acercóse á los restos de su cuerpo mortal, sobre el cual se levantaba una columna de brillante polvo, cuyos radiantes átomos le ocultan hasta á la vista del serafin. En su rapidez misteriosa háse adelantado la nueva creacion, al pen-

samiento de los dos testigos de aquella obra sublime, que solo despues de consumada pudieron contemplarla!... Trasformóse el polvo y José resucitado esclama en santo éstasis :

« Angel de la alianza, tú sacaste al pueblo de Dios de la enemiga tierra del Egipto; tú le guiaste durante el dia con una nube protectora, y durante la noche con una columna de fuego; tú separaste las olas del mar para facilitarle el paso, y tú dejaste caer esas olas sobre Faraon, sobre sus guerreros y sobre sus carros: pero mas grande, mas prodigiosa es la obra que acaba de consumarse: la muerte está vencida! ¡Israel ha vuelto al valle de Efron<sup>1</sup>, Israel, Raquel y tú tambien Abraham! »

Dijo, y lanzóse fuera del sepulcro siguiendo de lejos, el angel y Samed, su rápido vuelo. Llegando á los sagrados bosques de Mambré, descendió José á unirse con la santa reunion de sus padres y hermanos, todos como él resucitados.

Si hubiera yo oido el son de las celestes arpas, si me fuera dado repetir sus melodiosos acentos, tal vez pudiera entonces pintar el gozo de los padres y hermanos; tal vez pudiera referir los dulces raptos de la madre al contemplar á su primogé-

<sup>1</sup> Nombre que en la Biblia se da frecuentemente á los llanos de Hebron ó de Mambré, porque el propietario del campo y caverna que Abraham compró para enterrar á Sara, se llamaba Efron.— T. F.



nito <sup>1</sup> brillando en todo el resplandor de las glorias inmortales.

Los hermanos de José, que en la tierra dejaron la negra envidia que por un momento pudo estraviarlos, se inclinan ante él con santa y pura satisfacción, adorando al Dios que recompensa á los mortales dignos de sus beneficios.

Pasando en otro tiempo un caminante extranjero por la fuente de Fialon, vió en ella tendido sin movimiento y sin vida á un anciano : era el Rey y gran sacerdote de Salem ; era el virtuoso Melquisedec <sup>2</sup>, insepulto por no haberse hallado quien hiciera las últimas honras á su mortal despojo. Hízole el viajero aquel último y piadoso servicio ; y no por efecto de mera compasion, no solo por humanidad, sino porque un sentimiento de respeto y de admiracion, le imponia el deber de hacerlo así. Encontróse al ilustre anciano con las manos cruzadas y la faz en el polvo. Despues de contemplarle largo tiempo en silencio levantó el extranjero sus manos al cielo, tomó en sus brazos el helado cuerpo de Melquisedec, le depositó suavemente en la hoya por él cavada, y de ella no se apartó hasta implorar para el cadaver que enterraba todas las bendiciones del Eterno.

<sup>1</sup> José, primogénito de Jacob y de Raquel. — T. F.

<sup>2</sup> Véase la nota segunda de la pág. 339. — T. F.

Sobre esa tumba que debe á la piedad de un desconocido vuela en aquel momento el alma del rey gran sacerdote. En el murmullo del naciente Jordan que sale de la fuente de Fialon y sobre el musgo serpentea, cree el espíritu de Melquisedec reconocer la voz del Eterno, cuando pasa sobre Jerusalem, bramando el torrente de las aguas de oro, y crugiendo las hojas del arbol de la vida. En medio de aquel éstasis dulce y tranquilo siente el gran sacerdote que cielo y tierra huyen de su pensamiento, y que solo Dios lo llena enteramente. El polvo de sus huesos se levanta y centellea y gira en torno de él. ¡ Transformóse y resucitó el muerto ilustre !... Póstrase, ora en silencio y con lágrimas de alegría, levantando al cielo las manos, glorifica á Jesus salvador del mundo, cuyo símbolo y mensajero fué en su tránsito por la tierra.

Hanania, Misael y Hazarias <sup>1</sup>, tres de los ado-

<sup>1</sup> Nabucodonosor cuando conquistó á los Judíos les mandó que le enviasen varios jóvenes en quienes no hubiese defecto, de buena presencia é instruidos en todo saber, etc., para que le sirviesen en su corte. Los escogidos fueron Daniel, y los tres mancebos citados por Klopstock, mas conocidos con los nombres de Sidrac, Misael y Abdenago, que les puso el prefecto de los eunucos. Rehusando aquellos jóvenes contaminarse con los impuros manjares de la mesa del rey, se alimentaban solo de legumbres y agua, sin que por ello se alterase su salud, ni disminuyese su robustez; prodigio que asombró á la corte de Babilonia. Cuando Nabucodonosor obligó á los pueblos vencidos á que adorasen su estatua de oro, como se negasen á hacerlo aquellos tres mancebos, fueron arrojados á un hor-



lescentes de Israel en quienes no se halló defecto, tenían su tumba en una caverna de los llanos de Dura<sup>1</sup>, célebres porque en ellos se postraron pueblos y naciones al son de la trompeta, de la flauta, del arpa, de la zampoña, de la sinfonía y de toda especie de instrumentos músicos ante la estatua de oro. No lejos del sepulcro de aquellos tres heroes, yacen las ruinas del ídolo que rehusaron adorar. El Rey, á quien el Eterno hizo bajar desde el trono de Babilonia hasta la abyecta clase de los brutos, fué quien mandó hacer el ídolo colosal y gigantesco, á su propia imagen, tal como en un sueño engañoso lo habia visto. Por aquellos inmensos llanos se ven aun esparcidas las ruinas de los destruidos reinos cuyo profético símbolo fué la estatua derribada.

Misael y Hananias sepultaron con sus manos á su amado hermano Hazarias, consolándolos en su dolor la idea de la resurreccion. Pronto fué Hananias sepultado tambien por Misael, que se quedó el úl-

no encendido : mas salieron de él sin lesion alguna, y el rey, conociendo por aquel milagro que el Dios á quien adoraban era sin duda el único verdadero, les confió los mas altos puestos del estado. (Daniel, cap. III.) — T. F.

<sup>1</sup> Nombre que se da en los libros sagrados á los llanos donde fué Babilonia y en los cuales hizo Nabucodonosor que fuese adorada su estatua de oro. El pasage que sigue de nuestro poema es imitacion del capitulo III de Daniel donde el profeta describe la pompa de aquella sacrilega ceremonia. — T. F.

timo de los tres sobre la tierra ; mas sintiendo ya la muerte en su corazon , alentóle la esperanza de unirse pronto á sus hermanos ; y en efecto así fué. Ahora sus inquietas miradas buscan entre el polvo del sepulcro los mortales despojos de aquellas amadas prendas, mas en vano ; y sin embargo vuela sobre la tumba con gozosa esperanza y su voz, trémula de felicidad, ya descende hasta las cenizas de sus hermanos, ya se levanta hasta los Cielos. Aquella voz es un canto solemne : siempre son himnos celestiales las palabras de los espíritus gloriosos cuando esplican sus sensaciones. Oyeron Hananias y Hazarias el canto de su hermano, no con sus mortales oidos, sino por medio de aquella maravillosa intuicion, que enseña á los moradores de los cielos á distinguir la voz del Eterno del rumor que produce el rozamiento de los mundos, que giran en la inmensidad de los espacios.

« ¡ Amados hermanos míos, vosotros saldreis de vuestros helados y frios sepulcros ! El polvo de los hijos de Adan, que la destruccion esparció sobre la tierra, se hunde bajo las plantas del caminante, rueda con las olas del océano, centellea en los rayos del sol ; mas el que creó ese polvo para servir de corteza al alma inmortal, sabrá reunirlo y darle nueva vida. ¡ El Todopoderoso tomó un puñado de tierra y le dijo : sé hombre ! Y la tierra temerosa obedeció ; tomará tambien un puñado del disperso



polvo y le dirá : ¡ Vive; y vivirá el polvo! Y bramarán los mares y los ríos, tronará la tempestad, temblará la tierra en sus cimientos, llenaránse los cielos de rayos ocultos bajo tenebrosos velos; y el sonido de la trompeta sobrepujando al tumulto de la creación desquiciada, llamará á los muertos y levantaránse cuantos duermen en los helados y sombríos sepulcros. »

Mientras así canta Misael cada vez suena su voz mas dulce y armoniosamente; y se transforma y resucita, y con él resucitan sus hermanos.

En otro tiempo bajaron los Caldeos á la llanura, ligeros como el leopardo, sañudos como el águila, cuando una y otra fiera se arrojan sobre su presa. Los intrépidos ginetes hicieron cautivos tan numerosos como las arenas del mar; burláronse de los príncipes, insultaron á los reyes; y su caudillo, sediento de sangre y ansioso de matanza, se embriagó con la copa que el Dios vengador llenó para él! Y bajó el Dios vengador al monte Paran<sup>1</sup>, en todo el brillo de su magnificencia, precediéndole el Hambre y la Peste, mas con límites señalados á sus estragos por la mano del Señor. Al paso del que fué y es y será, se inclinaron las colinas, se estremecieron llenas de espanto las montañas, apresuraron su curso los torrentes, hundiéronse las simas en los

<sup>1</sup> Nombre que se da en la Biblia al monte Atlas. — T. F.

abismos de la Creación, levantáronse los cielos mas que nunca en los campos de lo infinito, interrumpió el sol su curso y permaneció inmóvil la luna<sup>1</sup>.

El profeta<sup>2</sup> que en sus inspirados sueños vió pasar de esa manera al Vengador de Judá, al exterminador de los orgullosos enemigos de su pueblo, sale de su tumba, guiado por la misma mano que en la tierra abrió sus ojos y su alma á las visiones celestiales. Reconociendo á aquella divina mano, célebrala el profeta con este himno, acompañado de los melodiosos acentos de su arpa, todavía novicia y temerosa :

« La higuera y la vid amante volvieron á cubrirse de verdes hojas y sazonados frutos: todas las plantas del valle florecen á la sombra del Olivo<sup>3</sup>. Rica es la cosecha que prepara la tierra, mas bella y

<sup>1</sup> Imitación del libro de Habacuc, octavo entre los doce profetas menores, que vivió 698 años antes de Jesucristo. El libro citado, que es el único de los escritos de Habacuc que á nosotros ha llegado, es, según la opinión de los teólogos, un himno profético en el cual se predijeron todas las calamidades con que mas tarde abrumaron los Caldeos al pueblo de Israel. No debe confundirse á este profeta con el otro Habacuc á quien un ángel arrebató para que llevase su alimento á Daniel al lago de los leones. — T. F.

<sup>2</sup> Habacuc. — T. F.

<sup>3</sup> Sin embargo de que Klopstock imita á Habacuc en este pasaje, dice precisamente lo contrario que aquel, pareciéndole sin duda que las verdaderas palabras del profeta, cuyo sentido es, que ni la higuera ni el olivo volverán á reverdecer, hubieran sido impropias en boca de un resucitado. — T. F.



abundante será la cosecha de la Eternidad. Inmensa y brillante, inclina sus espigas de oro sobre los fúnebres oteros. Clamores de alegría resuenan en las playas de la muerte, y celebran los cielos la gloria del Dios misericordioso que se digna acordarse de nosotros, despues de habernos hecho apurar hasta las heces el caliz de las pruebas. Contigo me regocijo, fuente de la eterna salud. »

Tal como el relámpago que, atravesando súbitamente las densas nubes en que se encapota el cielo, proclama con el bramido del trueno que le sigue la omnipotencia del Eterno, penetra Isaias las tinieblas de la muerte, se levanta sobre su tumba y canta la gloria del Dios que por segunda vez acaba de crearle.

« En tí, ¡ó gran Babilonia, ciudad de orgullo y de calamidades! en tí creyó Nabucodonosor eternizar su gloria y poderío; mas en medio de tus soberbios muros sonó una voz, y dijo al mayor de los monarcas: *Perderás tu reino, y echaránte de entre los hombres, y con las bestias y fieras será tu morada* <sup>1</sup>. Y lo que esa voz predijo, sucedió; y la ciudad de orgullo y de calamidades es hoy un inmenso desierto <sup>2</sup>. Allí duermen las cenizas del pro-

<sup>1</sup> Palabras del profeta Daniel, cuando Nabucodonosor le llamó para que le esplicase el significado de su misterioso sueño. (Daniel, cap. IV.) — T. F.

<sup>2</sup> Punto controvertido entre los anticuarios es aun, hoy el de de-

feta á quien Dios permitió profundizar hondamente los secretos del porvenir <sup>3</sup>; y su espíritu, guiado por el angel que le guarda, busca su sepulcro en aquella desolada llanura donde no hiere los oidos otro rumor que el siniestro graznido del ave nocturna y el del silvo del dragon alado; en donde en vano busca la vista señales de habitacion alguna. Las arenas se han amontonado sobre las ruinas de los templos y de los palacios, y tal es el horror que inspira aquella tierra de maldicion que ni el Arabe intrépido y vagabundo se atreve á levantar sobre ella sus tiendas, ni á cultivarla los esclavos mismos. »

terminar exactamente el lugar donde fué Babilonia y la época de su ruina: pero como no admite duda que al empezar la era cristiana ya no existía aquella ciudad, pudo Klopstock, sin cometer anacronismo, hacer que Daniel buscara su tumba en los desiertos llanos. Según la mas comun opinion estuvo la ciudad entre el Eufrates y el Tigris, como á treinta leguas proximamente de Hilla, poblacion de bastante importancia en la Turquía asiática. Vense en aquellos llanos las ruinas de una gran torre, que algunos imaginan que fué la de Babel. — T. F.

<sup>4</sup> Alude al famoso sueño que no pudieron explicar los magos ni los adivinos, y cuyo sentido declaró Daniel á Nabucodonosor. La vision del monarca de Babilonia se redujo á ver un arbol inmenso que se elevaba hasta los cielos, y cuyas ramas estendiéndose sobre toda la tierra anidaban infinidad de aves, y daban sombra á multitud de fieras. Súbito una voz *de arriba* dijo: cortad el arbol, pero dejad las raices y dadles corazon de fiera. Daniel esplicó al rey que el arbol le representaba á él y á su inmenso poder, y las palabras manifestaban que el mismo Nabucodonosor descenderia á ser Bruto; lo que en efecto sucedió. — T. F.



En medio de una pantanosa laguna y rodeada por verdes juncos, cuyos flexibles vástagos se mecen melancólicamente agitados por un viento húmedo y pesado, descubre el angel de Daniel una losa cubierta de musgo, y reconoce en ella el profeta la que de muchos siglos atrás oprime sus mortales restos. Entonces pasaron por el pensamiento del bienaventurado las víctimas para siempre sepultadas en aquel campo de la destruccion, en forma de tristes y afligidas sombras; entonces creyó escuchar el ruido de las hojas del arbol protector y cuyas ramas se estendian hasta el punto de ofrecer sombra á cuantos seres necesitaban descanso y frescura; y entonces tambien se estremeció recordando aquella terrible voz que dijo desde lo alto: *Cortad el arbol*; mas trayendo á la memoria que el arbol, aprendiendo á respetar á su celeste dueño, obtuvo misericordia ante el Señor, regocíjase el alma del profeta <sup>1</sup>. Pronto, empero, volvió á entristecerse, porque el vástago del tronco poderoso <sup>2</sup> no quiso acordarse que Dios es el dispensador de los reinos y el árbitro de la suerte de los reyes; y

<sup>1</sup> Habiendo Nabucodonosor reconocido la omnipotencia divina recobró su primitiva forma y volvió á ocupar el trono. — T. F.

<sup>2</sup> Alude á Baltasar, hijo y sucesor de Nabucodonosor. Son tan conocidos los extravíos, la impiedad, la famosa cena, y las palabras que una mano invisible escribió en los muros del salon en que tuvo lugar aquel festin, que nos parece inútil recordarlos aquí. — T. F.

entonces una mano misteriosa grabó en caracteres de fuego sobre los muros de la sala de los festines del regio palacio, con lámparas de oro iluminada, ese tremendo decreto: « *Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término; has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto; dividido será tu reino y dado á los Medos y á los Persas.* »

La sombra del monarca impío y orgulloso, y las de los que asistieron á su postrer banquete y con él fueron justamente castigados, pasaron con rapidez suma ante el espíritu del profeta; porque llegado era el instante señalado para su trasformacion é ingreso en la eterna vida.

Semejante al lucero vespertino cuando, solo aun, campea en la azulada bóveda, voló Daniel, ya resucitado, sobre el desierto donde fué Babilonia, dejando caer los rayos de su inmortalidad en aquella inmensa tumba de las humanas grandezas.

Lágrimas y suspiros fueron el triste patrimonio del tierno hijo de Helcia <sup>4</sup> durante su permanencia sobre la tierra; mas sonó para él la hora de la resurreccion, y al salir, ya para siempre inmortal,

<sup>4</sup> Jeremias, hijo en efecto del sacerdote Helcia, floreció 625 años antes de Jesucristo, y predijo todas las calamidades que habian de sufrir los Judíos en castigo de su impiedad: sus profecias, y mas aun sus lamentaciones son tan célebres que se han hecho hasta vulgares. — T. F.



de la tumba, experimentó al fin los inesplicables gozos de los elegidos.

A pesar de la simplicidad de su espíritu, acertó el pastor de Tekoha <sup>1</sup> á conocer y á servir al que creó los cielos y los astros <sup>2</sup>. En sus proféticas inspiraciones vió despojado de toda vegetacion al monte Carmelo; vió devorados por abrasadoras llamas á los palacios de Kerijoth <sup>3</sup>, en el instante en que en ellos se celebraba un brillante festin, al son de las trompas y de los clamores de Moab <sup>4</sup>;

<sup>1</sup> Amós, el tercero de los doce profetas menores, floreció 780 años antes de Jesucristo, y fué pastor en Tekoliá, pais de la tierra de Canaan. El pasaje de la *Mesiada* á que se refiere esta nota es un extracto de las visiones que dieron á conocer al profeta los males que amenazaban á Israel por su inclinacion á la idolatria. (Amós, I.) — T. F.

<sup>2</sup> El texto dice al que creó los *Arturos y los Oriones*; es decir, las constelaciones conocidas bajo esos nombres: hame parecido que el pensamiento no se alteraba, y su expresion era mas sencilla tal como la he escrito. — T. E.

<sup>3</sup> Una de las ciudades de la tierra de Canaan que tocó en suerte á la tribu de Judá cuando Josué hizo el reparto de tierras entre todas las de Israel. — T. F.

<sup>4</sup> En la época en que vivía Amós eran dueños de la ciudad de Kerijoth los Moabitas, descendientes de Moab (*hijo de mi padre*), hijo de Lot y de la mayor de sus hijas. El pais de los Moabitas fué una parte de la Arabia Petrea, cercana á la villa de Petrea que ha dado su nombre á la region entera, y que sin embargo ha estado sepultada en el olvido durante siglos. M. Leon de Laborde la ha recordado á la memoria de las gentes en su *Viaje á la Arabia Petrea*, obra notable, publicada en 1850, y que contiene una multitud de curiosos por menores relativos á aquel pais tan célebre en la historia santa. — T. F.

vió los campos de Judá cubiertos de cadáveres, destruido el altar de Bethel <sup>1</sup>, ardiendo en llamas el cielo, deshaciéndose en polvo la tierra; vió á tres ciudades arrastrarse penosamente [hasta llegar á un manantial harto escaso para apagar la sed que las devoraba; vió á la segur herir de muerte á todos los mancebos, y á la peste y al hambre aniquilar de una vez generaciones enteras. Y abrumado por tantas y tan siniestras visiones, como el Señor hizo pasar ante los ojos del profeta para que este previniera á su pueblo de la suerte que le esperaba, deshízose su amante corazon, y bajó á la tumba sin llorar la vida.

De resucitar acaba para la inmortalidad y de conocer tambien que nunca rehusa el cielo su dulce rocío á los que tienen sed de la eterna salud.

Vuela el alma de Job sobre el ameno bosque que da sombra á su sepulcro abierto en el costado de una roca colosal, y esa tiembla, se estremece, se abre, y de su seno sale una nube de polvo que levantándose á los cielos gira y centellea en torno del espíritu. Deslumbrado por el resplandor, y embriagado por el suave perfume que aquella nube exhala, lánzase Job al polvo creador; su angel custo-

<sup>1</sup> Cuando Jacob regresó á la tierra de Canaan y se hubo reconciliado con su hermano Esau, apareciósele Dios y se dignó hablarle. Erigió el patriarca en el lugar de su vision un altar que llamó Bethel, y del cual hablan todos los profetas como de un lugar sagrado. — T. F.



dio, siguiéndole con la vista, ve como se transforma bajo la mano del Todopoderoso; y el himno que estasiado entona se eleva hasta el empireo, y conmueve en la tierra montes y valles. Job se siente de nuevo creado, y el himno que estasiado entona se eleva hasta los cielos y conmueve en la tierra montes y valles.

Entre tanto rodeado está aun el Gólgota por sombrías nubes, y en todo cuanto desde su cima alcanza á distinguir la vista pesan densas tinieblas sobre la region donde se eleva el altar de la Redencion.

Inmovil, doblada la cabeza, ceñidas las sienes con la corona de espinas, teñidas en la sangre que ya cesó de correr, permanece el Hombre-Dios, el Salvador del mundo, pendiente de la cruz. Ya no se dirige su lastimera voz á los cielos, pidiendo misericordia al Juez irritado, al Padre inexorable; cesó de latir su corazon, y en torno de su helado cadaver detienen su curso los vientos y enmudecen los cielos y la tierra.

Retiróse la muchedumbre del pueblo, y quedó solitario el monte como un campo de batalla, cuando le abandonan las almas de los guerreros para ir á morar en las mansiones á que la divina justicia las destina.

Aun no ha cesado de sufrir el joven pecador que á la derecha de Jesus expia su culpa en cruelísimo

suplicio, y sus ojos, aunque ya velados por las sombras de la muerte, permanecen clavados en el inanimado cuerpo del Hijo de Dios, á quien en su pensamiento dice el criminal arrepentido :

« Dejaste de existir, ¡ó tú á quien amo con todas las fuerzas de mi alma! y heme aquí solo luchando con los horrores de la agonía. No me quejo, porque mas has padecido tú que yo; pero no me abandones como á tí te ha abandonado tu Dios y Padre. ¿Y por qué te ha abandonado? ¡ay de mí! En vano procura mi pensamiento profundizar tanto misterio... ¡Ah! si mi lengua pudiese aun articular algunas palabras inteligibles, les preguntaria á los pocos que le han permanecido fieles : ¿le visteis por última vez levantar la cabeza y mirar al cielo? ¿Oisteis el atronador acento de sus últimas palabras? Al sonido de aquella divina voz, cuanto existe desapareció de mi vista, corrió mas que nunca la sangre de mis ardientes llagas, creí que iba á morir. ¡Miraisme con tierna compasion, ó vosotros los que llorais al pie de la Cruz! ¡Ay de mí! Si pudieran llorar mis ojos, llorarian por vosotros, y sobre todo por tí, desdichada madre. ¡Plegue á tu divino hijo no abandonarte como á él le ha abandonado su padre! En tí espero, ¡ó gran profeta, que eres todo misericordia! »

En aquel momento se redoblaron las angustias de su agonía, pero tambien brilló en su alma ce-



lestial claridad que le reveló el objeto del sacrificio de la redencion, y fuéle concedido comprender como el Eterno se reconcilia con los pecadores por los méritos de la sangre de la víctima, que corriendo sobre la tierra se convierte en manantial de salud y de vida eterna. Así aleccionado por el espíritu del Padre y del Hijo, cae en santo éxtasis el pecador arrepentido.

Temiendo siempre que Jesus huyera á su venganza, obtuvieron los sacerdotes de Jerusalem que Pilatos les permitiese retirar del Gólgota los cadáveres de los crucificados, antes de empezarse las fiestas de la Pascua, cuya solemnidad comenzaba al ponerse el sol aquel mismo día; y, en efecto, de orden del pretor llega á la colina una tropa de soldados encargada de rematar las víctimas, si aun daban señal de vida.

Uno de aquellos soldados, á quien la guerra hizo inaccesible á todo sentimiento de humanidad, llega armado con una enorme clava al pie de la cruz donde padece el criminal impenitente; alza con nervudo brazo y blande el mortífero instrumento; déjalo caer sobre los casi helados miembros del desdichado; y rómpelos y destrózalos con la enormidad del peso y la fuerza del golpe. Oye aquel rumor siniestro el pecador arrepentido, y lo bendice como anuncio de su deseada muerte. Prosiguiendo el implacable Romano en su horrible

tarea, pasa por delante de la cruz que amenazadora y soberbia se alza entre sus dos lúgubres compañeras, y no se atreve á detenerse, pareciéndole que la rodean y protejen los dioses vengadores... Ya está al pie del suplicio del pecador redimido; segunda vez se alza la ensangrentada clava, y segunda vez hiere, deshace, reduce á polvo los mutilados miembros de un moribundo... Tiñense en sangre los huesos deshechos, tiembla la cruz y cruje estremecida, y chocan unos con otros los cráneos que el Gólgota encierra, y una nube de polvo envuelve la montaña.

Con inciertos pasos vuelve el soldado á la cruz del Salvador, sin atreverse á levantar la vista para mirarla, y volviéndose á su gefe que permanecía inmóvil al pie de la colina:

« Por todos los Dioses, te juro que este muerto está, » le dice en voz que el temor sofoca.

Y responde el caudillo:

« Lo sé: mas no importa; preciso es que le atraveses el corazón con tu lanza. »

Calló y volvió los ojos á otra parte. El brillante acero del Romano hirió el sacro costado del cuerpo mortal de Jesus; brotó de la ancha herida un manantial de agua y de sangre, y el pecador redimido miró en lontananza tenebrosa aquel doble raudal de salud eterna.

No es dado á poder humano el decidir si cuando